

Crónica Literaria

Por Alone

Enrique Bunster, escritor

La obra de Enrique Bunster fue seguida con atención desde estas columnas. Se subrayó en ellas la gracia movida, suelta, fresca del autor, y la acuciante necesidad que experimentaba de interrogar al pasado para comprender el sentido del presente.

Con motivo de la muerte de Enrique Bunster, ha parecido oportuno reunir fragmentos de las apreciaciones críticas ver-

tidas en esta Crónica Literaria sobre **Mares del Sur** ("El Mercurio", 28 de octubre de 1951), **Chilenos en California** ("El Mercurio", 11 de abril de 1954), **Recuerdos y Pájaros** ("El Mercurio", 25 de agosto de 1968) y **Casa de Antigüedades** ("El Mercurio", 6 de agosto de 1972).

El resultado de lo anterior, que se ofrece a continuación, ayudará al lector a situar adecuadamente a la persona y obras de Bunster en la narrativa chilena.

Libro tras libro va el autor formándose su personalidad. Y también su público. Ocupa un sitio definido: le interesan las cosas "interesantes", los casos raros, las noticias inéditas, los hechos históricos semidesconocidos u olvidados, las hazañas increíbles, pero ciertas, incluso fenómenos naturales que conducen la imaginación al borde mismo de lo sobrenatural. No le seduce obtener efectos mediante el adjetivo nuevo, la frase inesperada, una metáfora atrevida y sintética o fórmulas sorprendentes, ingeniosas, poéticas. Ese trabajo lo deja indiferente. Sin cultivar el mal estilo, ni escribir al descuido, tampoco se le ve pulirlo, apretarlo, hacerlo centellar. Habla como lo necesita, de un modo que pueda contar.

Rémy de Gourmont hacía una clasificación de los autores: los que escriben y los que no escriben. Por los primeros entendía los que poseen estilo, es decir, personalidad definida, capaz de imponer su sello a la prosa, los que gustan embellecer un relato haciéndolo más ligero, más claro, más fuerte, rodeándolo con los prestigios de la imaginación, añadiendo a la vida real otra especie de vida mediante evocaciones, imágenes y metáforas. Los otros, los que "no escriben", son aquellos escritores en quienes el objeto prima de tal manera sobre el sujeto que ellos mismos desaparecen, no se sabe quiénes son, cómo son, no se piensa siquiera en su posible personalidad.

Bunster pertenece exactamente a la familia de los escritores que, según el crítico francés, no escriben. Nadie buscará en él, ni encontraría si los buscara, hallazgos de expresión, frases de esas que alegran el espíritu, comparaciones felices o simplemente finas, puestas para ampliar el panorama y que le abren perspectivas. No; él dice lo que tiene que decir; y basta.

Es lo que se llama, en el buen sentido, un autor suficiente.

No significa ello, por cierto, que le falta mérito: lo posee y grandísimo, pero está en el fondo, en los hechos. Bunster posee gran tino para presentar y averiguar cosas curiosas. Allí donde han pasado otros repitiendo las archisabidas, él descubre datos inéditos, inesperados y los saca a luz. Posee una de esas varillas de los rabadomantes que giran con las corrientes subterráneas.

En las páginas de Enrique Bunster alternan el investigador curioso, el excursionista por mares lejanos, el hombre a quien su oficio preocupa y, dominándolos, un psicólogo capaz de plantear sus tipos en plena acción, dinámicamente, a través de los hechos.

Esta es la facultad matriz de Enrique Bunster y allí culmina su talento narrativo, la cuerda en que no aburre nunca ni hace perder el tiempo.

Bunster sabe muchas cosas y le gusta contarlas. No siguió estudios regulares; hizo lo que le pedía su afición y de ahí probablemente su libertad, su plenitud. A los catorce años estaba trabajando, observando, viviendo. Y eso se transmite a su estilo, ajeno a la retórica, vivo de palabras usuales, no siempre correcto.

Leyendo y, a veces, relejendo las crónicas de Bunster, un acento solíamos escuchar entre líneas y hasta divisábamos una figura conocida que, por esos caprichos de la memoria, no conseguimos identificar. Hasta que de pronto, algún detalle de ritmo o expresión hizo la luz, y el rostro de Joaquín Edwards Bello apareció, con su gesto propio, no apagado aún por la distancia, con sus bruscas transiciones de expresión, en el que el humor y el malhumor se mezclaban, dentro de una tonalidad original que era su sello fisonómico.

Entonces las líneas y también el linaje de los dos escritores se precisaron.

Sin duda, se merecen; pero, al aproximarse, resaltan sus diferencias. Sobre el mismo fondo de amor a Chile, casi agresivo, Enrique Bunster acentúa más la nota grave de nuestro pasado histórico, su solidez, su austeridad.

Ambos grandes viajeros y amigos de aventuras lejanas, cabe observar que las de Joaquín Edwards Bello giraron en torno a París, el de "la belle époque", mientras Bunster ha preferido dirigirse al Oriente asiático donde encontró, todavía palpables, comovedoras, huellas del viejo Chile.

Todo eso aparta, en el estilo y la substancia de sus crónicas, las analogías de los caracteres, centelleante en el uno, mejor templado en el otro, teñido de cierta añoranza.

Donde se abran sus libros, palpitan, y el lector se siente arrastrado a proseguir, a veces fascinado, siempre sorprendido, como siguiendo la charla de un viejo inmemorial que, en plena juventud, refiere las cosas que presenció y los personajes que ha tratado, con sus vestiduras, su voz, su actitud.

No hay detalle pequeño sino para los pequeños de espíritu. Es la conclusión que imponen los innumerables repartidos a través de las crónicas de Bunster.

Es que en ese pasado, línea a línea, hállase la contrafigura del presente, es que al rememorarlo su autor no apunta tanto a él, como a nosotros en la hora actual, a los acontecimientos inmediatos de cada hora, buscando ansiosamente su explicación en el jeroglífico de la edad pretérita o una contestación a tantas preguntas cuya respuesta nos interesa vitalmente.